

Fútbol NOCHE DE AMOR Y DE GUERRA EN EL NOU CAMP

Marcial y Zabalza, sobre todo Marcial, no conseguían oponer una construcción de juego al que ordenaban Velázquez y Grosso. Cien mil espectadores, el lleno más absoluto de la historia del Nou Camp, habían acogido al Real Madrid con una pita impresionante, no por el «gol de Zariquiegui», sino porque es el Real Madrid y desde los tiempos del conde duque de Olivares, Madrid ha quedado en el subconsciente colectivo de Cataluña como un quiste.

Decía que Marcial y Zabalza no conseguían hacerse con el centro del campo y ahora digo que a Pujol le faltaba el último regate, ese regate que sabía hacer la temporada pasada en el Sabadell e incluso a comienzos de la presente. Tampoco Torres era esta noche el prodigio de regularidad que suele ser, ni a Gallego le salían bien los pases desde atrás, ni a Reina los despejes, que iban a parar, por un extraño magnetismo, a los pies de Velázquez.

—Están nerviosos.

Decía la gente. Y era cierto. El arbitraje del señor Guruceta era ligeramente anticasero. Sobre todos los árbitros pesa la sombra de Rigo, el mallorquín errante, que después de un arbitraje perjudicial al Atlético de Madrid y al Real Madrid, ya no ha vuelto a ser lo que fue y se habla que este año le descienden a Segunda División. Pero no era excesivamente anticasero. El Barcelona jugaba con un gran empuje, pero con un notable desconcierto. En

este equipo falta, por faltar, pulmones, los que tenían Zabalza y Fusté la temporada pasada para subir una y otra vez pelotas. Pero, en cierta manera, ¿para qué van a subir pelotas? ¿Quién las remataría? También faltan rematadores. ¿Qué hay en este equipo? Una media de cincuenta, sesenta mil espectadores incondicionales, eso es el Barça, eso y recuerdos.

Y ya cuando se ultimaba el primer tiempo, Rexach, de un tiro esquinado, crea el breve suspense de la pelota que va de palo a palo y se mete en la portería madridista. Abrazos y cohetes.

Al comienzo del segundo tiempo, el señor Guruceta parece haber cambiado de actitud. Señala unas cuantas faltas exageradas en torno al área del Madrid. Ay, ay, ay..., dice alguien detrás de mí. Comenta después que, cuando un árbitro es tan amable, algo prepara. El Barça parece que juega mejor en esta segunda parte. De pronto, una pelota adelantada. Velázquez, uno de los pocos jugadores españoles con auténtica clase, la controla y se va en perpendicular hacia el área del Barcelona, se le cruza Rifé y Velázquez cae hacia adelante. El cruce ha sido fuera del área. La caída y el revoleo del jugador sitúan a Velázquez dentro. El señor Guruceta extiende el brazo y avanza corriendo hacia el punto de penalty. Unos segundos de silencio y de estupor. Y cuando el penalty es un hecho consumado, el grito nace roto en las gargantas

de los espectadores, y los ademanes de los jugadores barcelonistas tienen maneras de histeria. Se entabla ese inútil juego de convencimientos en torno al árbitro. Las almohadillas parecen ya amapolas entre los trigales verdes. La Policía Armada se pone en pie para localizar a los lanzadores. De pronto, los jugadores

gadores. Pero la oleada de gente va en aumento. El señor Guruceta empieza a inquietarse. Nadie le toca ni un pelo en toda la noche, pese a que estuvo rodeado por cinco mil personas; pero alguien le aconseja el pies para qué os quiero y el hombre, con sus liniers, inicia la lucha contra el cronómetro y corre como



"Las almohadillas parecen ya amapolas entre los trigales verdes".

barcelonistas inician un movimiento de retirada hacia los vestuarios. Rifé, Torres, Rexach, Reina, parecen los más decididos. Siguen brotando las amapolas nocturnas sobre el césped. La lluvia de almohadillas es impresionante.

Buckingham, pese a sus ligámenes histórico-literarios con los mosqueteros, no está para escaramuzas y obliga a los jugadores a que vuelvan al campo. Lanza el penalty Amancio, y gol. Eladio empieza a aplaudirle al árbitro; pocas veces he visto aplaudir tanto a tanta velocidad. La expulsión de Eladio, se consume. De nuevo forcejeos dialécticos, pero ya nada hay que hacer. Faltan treinta minutos de partido y apenas si se puede jugar por culpa de las amapolas. El público reclama que los jugadores abandonen el terreno. El grito es unánime. Cuando la pelota sale fuera y va a parar a los graderíos, la pelota no vuelve. El público corea: «¡Campeones!». «¡Campeones!».

—¡Que se metan la Copa en...!

Es el grito más suave de la noche. Guruceta para continuamente el juego para retirar las almohadillas. Pero se hace imposible por momentos. Veinte, treinta mil almohadillas llenan la noche de extrañas coloraciones, y detrás de las almohadillas surgen los primeros espectadores. No saltan para agredir al árbitro. Saltan para decir a los jugadores que se vayan. Se mezclan algunos seguidores del Real Madrid con sus gorras blancas, dispuestos a conseguir las elásticas de sus ju-

John Carlos en sus mejores tiempos y, puesto a correr, igual le da el terreno llano que los escalones que le abren la puerta del vestuario. El campo ya es del pueblo; cinco, seis, diez mil personas pasean banderas del Barça, gritan el nombre del club, avanzan hacia el palco presidencial. El espectáculo supera al mejor partido que ustedes hayan visto en su vida. Los colores del verano y el entusiasmo de los cuerpos, el césped verde, las amapolas-almohadillas, la noche de un azul oscuro, cohetes, banderas azulgranas y una íntima, total satisfacción de las gentes más ecuanimes, incluso los burgueses con puro de tribuno gritan por fin, por fin... ¿Por fin, qué? La respuesta está en un pozo oscuro, profundo, que tal vez algún día pueda clarificarse. La fiesta, en el césped, la protagonizan los espectadores de las localidades más económicas, que han saltado todas las barreras habidas y por haber y han llegado al ágora verde e iluminada. La Policía Armada permanece concentrada junto a las puertas de los vestuarios, sin intervenir. ¿Para qué tenían que intervenir? La gente se limita a gritar el nombre del equipo y a agitar banderas legales. Tal vez, si alguien aspiraba con fuerza el aire de aquella increíble noche, percibiera un extraño agror detrás del perfume de fiesta que iban tomando los acontecimientos.

El campo ya está totalmente en poder del público. Los muchachitos juegan a chutar almohadillas, se

